

UN TORNEO DE TODOS: Ética en la persona, la empresa y el Estado

Nicolás Etcheverry Estrázulas
Universidad de Montevideo
Montevideo, 2006, 205 págs.

I

La presentación de un libro sobre Ética en la persona, en la empresa y en el Estado, me plantea una situación algo peculiar.

Por lo general, soy de los que de solo escuchar la palabra Ética, me siento molesto, irritado, fastidiado.

Es que, como dice el propio Nicolás, hay una moda al respecto y la palabra al final conoce todo tipo de aplicación, y nunca la correcta.

Es que muchas veces la gente dice que algo es ético o no lo es, para defender una ideología o un interés muy particular, o para (y viene a cuento que Pablo esté acá) imponer un punto de vista y eludir su argumentación: "Esto es ético porque yo lo digo", (y además lo digo desde un pomposo moralismo que muchas veces linda en lo indecente.

Hasta como periodista lo digo, ya que muchas veces con el mote de que algo no es ético, se pretende acallar al periodista, evitar que informe algo que merece ser informado, y de ese modo amedrentarlo y perjudicar al público y su derecho a acceder a la información.

Sobre esto abundan muchos ejemplos nefastos para una sana libertad de prensa. Nicolás recuerda la frase referida a la libertad en su libro, lo mismo vale para la Ética: Muchas barbaridades se hacen en nombre de la Ética.

Esto me hace recordar una tesis que hizo una estudiante mía - 'hoy reconocida periodista en prensa que a Nicolás seguramente le gustara por el mecanismo elegido.

Esta joven vio un montón de películas, algunas muy populares y conocidas, donde el protagonista principal era un periodista y llegó a la conclusión que en la mayoría de ellas, cuando el periodista era el héroe de la película, como periodista era un desastre en el sentido de que pasaba por alto todo lo que esencialmente es un periodista. Y cuando el periodista era el villano de la película, en realidad estaba trabajando con el rigor, la independencia y el profesionalismo que corresponde a un periodista.

El ejemplo emblemático de todo esto era una película en que Nick Nolte trabajaba como reportero gráfico y cubría una guerra civil en un país de América Central.



Las fuerzas que combatían contra el dictador pierden en la lucha a su legendario líder y temen que esto tenga un efecto devastador en la moral de la gente.

Por lo tanto negocian un "secuestro" al fotógrafo que en el campamento oculto de los guerrilleros saca una foto al líder, que estando muerto lo hacen posar como vivo. Esto tiene un impacto impresionante y ayuda a que ganen los buenos y pierdan los malos. Todo el mundo se va de la sala contento con que Nick Nolte se haya jugado por los buenos.

Sin embargo, como periodista, mintió deliberadamente, engañó a su público, ocultó información y mas grave aun, en lugar de reflejar hechos reales, inventó uno. Nada de esto pareció molestarle a la cantidad de público que vio la película.

Por eso, con todos los prejuicios que me genera el uso de la palabra Ética, debo decir que acá me reencuentro con ella de otro modo.

Nicolás nos recuerda que hay una cierta moda al respecto y pretende ir a la esencia misma de la palabra, de su significado, de algo que vaya más allá de la moda, se remonta al fondo de la historia y tiene que ver ni mas ni menos, con lo que es correcto y lo que no lo es, con lo que está mal y no lo está.

Lo maneja en planos que nos son muy reconocibles: la vida cotidiana, la empresa, el lugar de trabajo, la profesión, el estado, la cultura y los comportamientos populares. Y la familia. Para Nicolás, la familia como entorno donde se desarro-

lla el concepto de Ética es muy importante y hace mucho insistencia en ello.

Nos reconocemos en estas situaciones, nos vemos en ellas. Para eso usa un lenguaje coloquial, ejemplos claros y visibles y recurre al cine, del que es un fan reconocido, como fuente y cantera de ejemplos y casos valiosos.

Hace reconocible los casos, son cosas que discutimos en la mesa de casa. Este es un libro que hay que leerlo con gente al lado, para ir comentando cada parte en voz alta. Y también se refiere a esos atajos tan cotidianos, tan parte de la naturaleza humana para eludir responsabilidades y no actuar como corresponde.

En esa cosa tan coloquial y familiar aparece también la reflexión de fondo a veces fundamentada por textos específicos, otras veces apoyada por citas de santos cosa que el Dr. Guzmán, al pasar, y hasta me atrevería a decir con un dejo de picardía, hace notar en su prólogo.

Este no es un asunto menor porque el trabajo de Nicolás tiene una clara e innegable impronta Cristiana. Esa visión define esencialmente su trabajo.

Lo que si hace es transmitir otro mensaje que Guzmán también capta y lo marca en su prólogo. De alguna manera el autor parece decir: Mi visión de la ética es Cristiana, sin duda, pero también apela al sentido común de la gente no creyente en la medida que hay cierta coincidencia sobre lo que está bien y lo que está mal. Y creo que ese objetivo lo logra.

Hablar de Ética es hablar de virtud y vicio, y Nicolás lo deja bien explicado en su libro, y es hablar de las muchas formas que encontramos para justificar como ético lo que no lo es.

En ese sentido, Nicolás muestra buena puntería y da ejemplos claros del tipo de razonamiento tramposo que está dominando en algunos lugares y ganando adeptos.

Nicolás es exigente en cuanto a la Ética y es comprensivo en cuanto a lo que somos: falibles, endebles, seres humanos en definitiva.

De todos modos, y esto lo digo por viejo, no se interna en esa dualidad que uno ha visto en tanta gente que quiero y respeto, que muestra una integridad a carta cabal en sus vidas profesionales, en sus empresas, como políticos, pero son más frágiles en cuestiones referidas a su vida personal.

Nicolás hace, sí, la reflexión contraria. El buen padre de familia que educa en valores a su hijo en un hogar donde hay respeto y amor en la pareja, pero luego en el escenario público (su empresa, la vida política) no es igual. ¿pero la inversa? Se lo dejo planteado.

Muchas veces las tensiones entre lo que esta bien y mal nos enfrentan a dilemas permanentes. A veces transamos y cedemos, a veces no.

En ese sentido siempre me impresionaron esos casos en que llegada la exigencia que desborda el vaso y que lleva a que la persona reniegue de quien es, allí la persona se juegue todo.

Nicolás cita varias veces una obra teatral de Robert Bolt referida a la vida de Tomas Moro. Una de esas citas, debo acotar, yo mismo la he usado varias veces en mis columnas.

Tomás Moro fue un personaje mundano, abogado prestigioso, intelectual que se codea con los mas grandes pensadores de Europa, culto, sociable, de casa abierta a sus amigos y político refinado (tanto que la Iglesia Catolica hace poco lo nombró patrono de los políticos, creo que con buen criterio).

Pero se niega al divorcio de Enrique VIII y a que este rompa con Roma, con la cual debe renunciar a su cargo de Canciller del Rey.

Buscando aunar aliados y decantar traidores, el Rey pide una jura de fidelidad que implica aceptar esos dos puntos. Los "éticos" a los que me referí al principio, enseguida suponen que Tomás se negará a firmar ese texto.

Sin embargo Tomás Moro, que ama la vida y no posa de mártir, pide calma Quiere leer el texto, leer sus entrelineados, la elección de palabras, la manera en que se redactan las oraciones, porque quizás en la forma en que el texto esté planteado, pueda encontrar la coartada para firmar sin renegar de si mismo y mantener la cabeza arriba de sus hombros.

Lo hace concienzudamente, pero el texto es demasiado preciso: no lo firma y es decapitado.

Es que le estaban pidiendo aquello que sin lo cual, Moro dejaba de ser quien era. Robert Bolt, el autor, llama a eso que le piden, el "self", el uno mismo.

No es el único caso recogido por la literatura. Marcos Aguinis cuenta en la Gesta del Marrano, la historia del hombre que descubre que sus ancestros fueron judíos obligados a convertirse en 1492 al cristianismo.

En la búsqueda de esas raíces, sabe que está la esencia de su identidad y si bien explora todas las formas posibles de complacer al tribunal de la inquisición en Lima, finalmente entiende que hay un punto en que no puede ceder.

Algo similar ocurre, y Nicolás lo cita en su libro, en las "Brujas de Salem" de Arthur Miller. El protagonista está dispuesto a ceder y conceder verbalmente, pero cuando le piden que firme, ahí se detiene.

La firma es su nombre y su nombre es todo lo que hace ue el sea quien es.

Si pierde su nombre, si lo entrega, deja de ser, deja de existir aun en vida. Por lo tanto el tribunal de religiosos puritanos lo manda a la hoguera.

Esto estaba explicado en un fascinante capitulo que me cautivó cuando lo leí por primera vez a los 19 años (y todavía hoy me conmueve) que es el referido al "requerimiento incondicional" de Jaspers.

Ese algo que le piden a un ser humano y que si se entrega y se cede el ser humano deja de ser y su vida ya no tiene sentido.

No es el martirio de la convicción por la Fe, del fanatismo detrás de una religión, de un caudillo, de una causa.

Es el martirio por no negarse a si mismo. Jaspers menciona a Sócrates y Moro enfrentados a ese requerimiento incondicional. No van alegremente al martirio por creer que el mundo que viene es mejor que este. Van porque saben que si ceden, el mundo que les queda acá, será un infierno.

Me importaba señalar esto, porque en los ejemplos literarios o de películas que señala Nicolás, vemos esa tensión en un mundo presionado entre el vicio y la virtud, que marca hasta donde cedemos y donde no. Siempre hay una línea que algunos cruzan y otros dicen: hasta aquí llego.

Esa misma discusión sobre la debilidad humana buscando la virtud, se plantea en lo político, en la defensa del derecho, en la libertad. Y si pongo más énfasis en estos aspectos del libro, es porque se refieren a los temas sobre los cuales suelo escribir.

Nicolás vuelve a citar a Robert Bolt, (esta es la cita que yo mismo he usado en el pasado) en un diálogo que enfrenta a Tomas Moro con un intransigente yerno que le dice que haría cualquier cosa con tal de perseguir y capturar al diablo, incluso pasar por encima de la ley. Moro entonces le pregunta que hará cuando el diablo, cansado de ser perseguido se de vuelta y sea el perseguidor, ¿detrás de que ley se esconderá si las ha talado todas? Y concluye "Sí, le daría al mismísimo diablo el beneficio de la ley".

Nicolás imagina que quizás ese razonamiento influyó a Artigas (o a Barreiro o a Monterroso, si es que algo tuvieron que ver) cuando plantea en su Oración de Abril el dilema de lograr con "las seguridades del contrato" controlar la veleidosa probidad de los hombres.

Creo que la comparación es válida aunque más bien pienso que esa reflexión artiguista está inspirada en James Madison, que a fin de cuentas se planteaba al igual que Moro y que Artigas, el mismo dilema: ¿Qué hacer en política cuando no todos los hombres son virtuosos ni actúan de acuerdo a la ética?

Madison no tenía dudas que en un gobierno ejercido por el pueblo eso ocurriría: habría buena gente, pero también los que actuarían según intereses sectarios, según intereses personales, despojados de toda virtud.

Por eso propone para el sistema constitucional que se forjó en su país e inspiró a otros, que haya equilibrios y controles, que un poder vigile al otro y que nadie concentre todo el poder.

De esa forma, al menos se neutraliza a quienes no tienen Virtudes (los de probidad veleidosa, diría Artigas) y la propia constitución actúa como regulador (las seguridades del contrato, diría Artigas).

Marco este hecho para señalar cuan importante ha sido siempre la discusión sobre la Ética y la Virtud en la política, algo que preocupa tanto a Nicolás y si elegí destacarla en esta presentación, es porque sobre ello escribo cada semana.

Cuán difícil ha sido superarlo y por lo tanto cuánto importa que las formas de un Estado de Derecho

cumplan un rol que no hará a la gente más virtuosa pero si frenará los vicios de quienes no tienen Ética.

Lo que buscaba Madison, lo que buscaba Artigas, a lo que se refiere Moro, en estas soluciones, era la felicidad de su gente, de los pueblos que diseñaban sus nuevas formas de gobierno.

Justamente con esa idea termina el libro de Nicolás, deseándonos a todos, de todo corazón, que seamos felices. Así que solo me resta para terminar, un deseo recíproco. Que Nicolás y su libro tengan éxito, y que el y su maravillosa familia sean felices.

Tomás Linn

II

El libro que se comenta tiene 4 virtudes importantes.

1) Una reflexión desde la convicción

Este es un libro claramente fundado en convicciones. Convicciones que el autor no oculta y sobre las que construye una reflexión con personalidad propia. Este gesto es algo importante en el contexto actual. Las mujeres y hombres de este principio del siglo XXI vivimos en sociedades caracterizadas por la coexistencia en la pluralidad. En nuestras sociedades conviven personas con diferentes religiones, diferentes tradiciones culturales, diferentes visiones antropológicas, diferentes concepciones de lo que es bueno, diferentes maneras de vivir. Esto no ocurría en la antigua Grecia ni en la Edad Media. Sí ocurría en la Europa del siglo XVI, pero en esa época la diversidad daba lugar a terribles conflictos. Lo propio de nuestra época es coexistir pacíficamente en la diversidad.

Mucha gente señala que esta manera de convivir, que es la nuestra, enfrenta una seria amenaza que es el fanatismo. Y eso es verdad. Los fanatismos y fundamentalismos de todo signo, el negarse a aceptar que el otro puede ser diferente pero tan respetable como nosotros mismos, es una amenaza terriblemente seria. Pero otra amenaza igualmente preocupante, de la que se habla menos, es el riesgo de hundirnos en el relativismo. Si cualquier decisión que tomemos o cualquier compromiso que asumamos se vuelve indiferente, si nada tiene valor, entonces no hay razones para vivir como vivimos. Sólo tiene sentido contar con instituciones que protegen nuestras libertades y nuestra independencia de juicio si nos tomamos en serio las convicciones, es decir, la búsqueda individual y colectiva de lo que es justo y lo que es bueno.

Este es un libro que, sin dejar nunca de respetar a los que piensan diferente, se construye a partir de las convicciones muy firmes del autor. Es un libro escrito desde una perspectiva cristiana y desde compromisos filosóficos muy claros. Y es muy importante que existan libros como este, porque sólo discutiendo

do respetuosamente a partir de nuestras convicciones vamos a poder conservar nuestras instituciones y nuestro estilo de vida.

2) Un libro enmarcado en la tensión entre virtudes y normas

El libro de Nicolás tiene un trasfondo filosófico muy sólido, pese a que no siempre sale a luz. Y ese trasfondo coloca a esta obra en el corazón mismo de lo que es la reflexión ética contemporánea.

La filosofía moral estuvo dominada durante muchos siglos por un paradigma que se conoce con el nombre de "ética de las virtudes". Esta manera de pensar la moral se centra en la pregunta acerca de lo que es bueno para el ser humano, es decir, acerca de lo que puede llevarlo a un estado de plenitud y de felicidad profunda y permanente. El concepto central de este paradigma es el de virtudes, esto es, un conjunto de capacidades naturales que se potencian y desarrollan mediante la práctica. La figura culminante de esta tradición es Aristóteles.

Este paradigma fue desafiado en tiempos de la Ilustración por un paradigma alternativo, que se conoce con el nombre de "ética de las normas". Esta manera de pensar la moral no se centra en lo que es bueno para el ser humano sino en lo que es justo, es decir, en aquello que nos debemos recíprocamente si queremos ser personas decentes. El concepto central de este paradigma es el concepto de norma, esto es, el de un imperativo de carácter general que debemos seguir independientemente de que favorezca o entorpezca el logro de nuestros objetivos inmediatos. La figura cumbre de este paradigma es Kant.

La ética de las virtudes dominó el pensamiento moral durante más de dos mil años, pero a partir de la Ilustración fue desplazada por la ética de la norma y se convirtió en una tradición relativamente marginal. Pero esto cambió hace 20 o 25 años, cuando un conjunto importante de pensadores rehabilitó la tradición de las virtudes y volvió a instalarla en el centro del debate.

Hoy estamos en una situación muy particular: sabemos que no podemos prescindir de ninguno de los dos paradigmas, pero no conseguimos articularlos. Como le pasa a los físicos con el modelo corpuscular y el modelo ondulatorio de la luz, los necesitamos a los dos pero no podemos unificarlos.

La ética de las virtudes es una ética mucho más humana, mucho más atenta a ese núcleo central de nuestra vida que es la búsqueda de la felicidad, mucho más capaz de proporcionar guías para nuestro propio crecimiento moral. Pero es una ética que tiene una insuficiencia grave y es que no incluye la exigencia de universalismo moral, es decir, esa exigencia de considerar a todos los demás como tan valiosos y tan dignos de respeto como nosotros mismos. Los *maffiosi* sicilianos tienen una fuerte ética de las virtudes (aprecian el coraje, la fidelidad personal, la solidaridad de grupo) pero están muy lejos de ser

universalistas. Por eso pueden asesinar a alguien ajeno al grupo para beneficiar a uno de sus miembros.

La ética de las normas está centrada en la idea misma de universalismo moral, y en eso reside su superioridad. Pero es una ética fría, abstracta, con serias dificultades para integrar nuestra búsqueda personal de la felicidad, y casi incapaz de dar guías para el crecimiento y la maduración moral de cada uno. Es la clase de ética a la que puede ajustarse un agente moral perfectamente desarrollado, pero no es la ética que nos ayude a convertirnos en eso.

Por eso no podemos prescindir de ninguna de ellas, aunque no podamos armonizarlas. Quien consiga esta armonización será la tercera gran figura de toda la historia del pensamiento moral, luego de Aristóteles y Kant.

El libro de Nicolás se ubica exactamente en este contexto de tensión entre dos paradigmas necesarios pero inconmensurables. Nicolás se identifica con la tradición aristotélico-tomista y, de acuerdo con ella, le da mucho espacio a la ética de las virtudes. Pero al mismo tiempo, por abogado y por cristiano, no puede ignorar la importancia de las normas y les da un lugar igualmente decisivo en su reflexión. Nicolás está pensando desde ese punto de tensión filosófica desde el que están pensando los filósofos contemporáneos.

3) Un método original

Mi comentario anterior refería al contenido del libro. Ahora quisiera hacer una observación sobre el método. Nicolás trabaja en el marco de una tradición muy antigua (la aristotélico-tomista) y por lo tanto desarrolla la clase de razonamiento general y de fuerte naturaleza deductiva que podemos esperar en ese caso. Pero al mismo tiempo combina esa reflexión con el análisis de casos que le permiten enfrentar la complejidad y las particularidades del mundo real. Para decirlo en una palabra, Nicolás combina el método de Santo Tomás con el método de la Escuela de Negocios de Harvard.

Es un enfoque original y productivo, y creo que le podemos pedir a Nicolás que siga avanzando en ese camino.

4) Un libro afable

Un último comentario que quiero hacer es el siguiente: todos los que conocemos a Nicolás sabemos que es un hombre afable. Y este libro, al igual que su autor, es un libro afable. Es una obra escrita en un tono amigable, que trata bien al lector e intenta llevarlo por la vía e un razonamiento complejo sin perder contacto con él y tratando de interesarlo.

Poe decía que el primer deber de un escritor es evitar que el libro se le caiga de las manos al lector. Creo que es una gran verdad, y una verdad frecuentemente olvidada en el mundo académico. Este también es un aspecto que debemos agradecerle a Nicolás y que hace su libro especialmente recomendable.

Dr. Pablo de Silveira